

El hada buena

“¿Si los cuentos de hadas son, en última instancia, fábulas de restitución y legitimidad, y las hadas las que las hacen posible guardando su palabra para que se revierta su futuro aciago (...) podría nombrárselas (a las Abuelas), acompañando el tono de estas ficciones fecundas, ‘hadas’?”.

María Moreno

(“Oración. Carta a Vicky y otras elegías políticas”)

Esa gran sordina la protege del estruendo allí, en lo alto, parada en la terraza del edificio Karakachoff; razón por la que desde hace un tiempo sube cada vez que hay movilizaciones, para ver sin ser vista, para escuchar a volumen bajo en ese refugio a cielo abierto: es verdad, los golpes no desaparecen, pero amortiguados por la distancia bajan su intensidad. La tranquiliza oír el eco que al expandirse pierde su fuerza y no puede tocarla, caída ya la piedra en ese estanque citadino. La idea fue de Fernando. Desde ese día logra que esa distancia vertical la cuide del inframundo.

Algo de dios hay en esa perspectiva gran angular, piensa. Algo de omnisciente. Esta vez, desde esas alturas la avenida parece un teatro de operaciones: los árboles diminutos, como de maqueta; y toda esa gente corriendo como hormigas en estampida para evitar cierta especie de bota gigante que amenaza con aplastarlas.

Siempre le fascinaron los insectos, de niña pasaba tardes enteras observando sus arquitecturas minimalistas. En particular la atraían las hormigas y esa manera perfecta de organizarse en silencio. Éstas de allí abajo arman y

desarman barricadas, se desplazan de izquierda a derecha en una danza macabra. Son barridas por un cordón cuyo azul oscuro imita al negro de las cucarachas. Si observo con detenimiento son cucarachas, piensa. Al negro azulado lo coronan puntos blancos, como esa pasta viscosa que les sale cuando se las aplasta. Ojalá, pero no, son ellas las que aplastan, piensa, serán los cascos, no puede dejar de pensar. Son incontables, pero ella cree calcular más de doscientas, el número le suena familiar. Ocupan hasta donde puede ver. Los gases nublan la vista hacia Plaza San Martín, el sur de la ciudad.

No hace mucho tiempo que está en la terraza, acodada a la pared que le llega al pecho. Subió alertada por Fernando, ¡subí que hay represión a Astilleros!, ¡subí rápido y no bajes, yo te busco!, sin aire casi le decía ¡subí y esperá!, recién vuelto de la calle donde había registrado el velorio de Chicha. Después, entra a la isla de edición a descargar el material que será editado para ayer, como todo en ese canal.

Desde ahí no puede dejar de mirarla, el pelo largo y lacio que se detiene en los hombros y sigue bajando hasta promediar la espalda estrecha. Con su mirada dibuja las curvas del cuerpo. La forma es musical, piensa, como si un pentagrama la orquestara, la clave de sol coronando su espalda baja, el pantalón ajustado, la campera verde militar ceñida al cuerpo envolviendo la cintura minúscula, abarcable. El rostro de perfil recortado en el cielo, su nariz, una pequeña diagonal. Se detiene el tiempo cuando la contempla, como ahora que está desdoblado, descarga el material y la mira.

Una ventana con vidrio doble polarizado acostiza la isla de edición y le permite ver sin que lo vean. Y ella está ahí para que la vea, piensa él, en la terraza

del edificio donde trabajan juntos desde hace cinco años, ahí acodada a la pared, mirando hacia abajo, su cuello se desmarca del pelo, se asoma, besable.

Cucarachas y hormigas se disputan la calle. Ella observa, casi todo. Esta perspectiva acuna una ventaja, la mantiene informada, pero con distancia. Los bombazos se expanden en esa ratonera en la que se ha convertido la avenida, pero llegan cansados y rítmicos a su pecho. Los balazos suenan como petardos de fin de año y es agosto, los gritos se vuelven ecos. La arboleda que custodia la avenida está deshojada, faltan meses para que en sus ramas florezcan los tilos. Los troncos parados como milicos se repiten, todo un *déjàvu*, piensa. Si hubiera hojas y flores, pero no hay. Los árboles desnudan la avenida con la potencia de una metáfora.

Como una aparición, a ella le viene a la cabeza la imagen de la bolsa de limones que Fernando le junta de su limonero cuatro estaciones: *Ama mis lemon pie*, piensa. A ella, a veces, le lleva tiempo ordenar los elementos que se le presentan de maneras extrañas; otras, no lo logra y se deja vencer por la lógica oculta que los ordena. Esta vez sabe que es falso que con jugo de limón los gases lacrimógenos no irriten los ojos. Piensa que ojalá tengan muchos allí abajo, pero para lanzarlos como piedras desde los puestos de verdura, proyectiles bien verdes, así pegan fuerte; pero los puesteros se fueron hace rato, piensa, sabe que los limones y los explosivos están relacionados de alguna forma curiosa en su laberinto neuronal.

Por arriba se sale, piensa desde esa terraza cuyo acceso es el octavo y último piso. La mitad es ocupada por el canal de televisión donde sus colegas estarían hablando por teléfono para pedir comida si no estuviese bloqueada la

calle por el tumulto. Pero lo está. No queda más opción, para todos, para ella, que la espera.

¿Cómo saldrán del rectorado los que están en el velorio?, piensa. Las pantallas sin sonido en el pasillo del canal muestran zócalos de alerta. Se repiten como karma, piensa. Ella las ve a través de la puerta vidriada. Dolor, más dolor: el velorio de Chicha Mariani y brutal represión a astilleros, en el mismo lugar donde tiempo y espacio parecen juntarse, ahí abajo, piensa. Entonces ve que se abren las rejas perimetrales que resguardan el acceso al edificio Karakachoff. Una línea de rejas se parte en ele para dar paso a las hormigas en su ritual. La vereda de ingreso está poblada de hormigas, pero solo acceden algunas, tienen un objetivo preciso, ordenado, final. Una ronda de ellas carga un rectángulo lustroso, brillante. Es el ataúd, piensa. Lo trasladan hacia el estacionamiento donde un coche immaculado parece desconocer los bombazos, la marea, los gases. El coche recibe el cajón mientras las cucarachas en fila azul con cabezas de pasta viscosa avanzan desde el otro lado, despejando la avenida. La fila marcha y se acerca como una amenaza. Pero el auto y el cajón parecen habitar otra dimensión, alguna capa que lo resguarda de tanta violencia. Detrás de las rejas que vuelven a cerrarse, las hormigas, por fin, se refugian en el ingreso al edificio, están a salvo.

Desde que le diagnosticaron misofonía, ella siempre huyó hacia arriba. Un arriba en forma de árboles cuando era niña, o de vuelta al mundo, o de mirador en una montaña. O de edificios, se conocía todos los que tenían acceso a las terrazas en la ciudad.

Fumaba la tarde que se acercó Fernando y le dijo que había conseguido la llave de la terraza del edificio cuya existencia desconocía. La voz de él siempre la tranquilizaba, sería el tono, o su mirada al pronunciar ciertas palabras como su nombre, pensaba. Ese fue el primer día en que ella hundió la vista en el verde de los tilos en flor, mientras él lo hacía en su cabello. Era extraño que su primera reacción fuera besar su cuello largo y abrazarla eternamente, como si no fuera una contradicción. Quería entrar por la ventana a una casa, por otro lugar a la escena; quedarse en la cama y en la cocina. Había desamparo en ella, inocencia con calle. De cualquier modo, algo era cierto, antes de cualquier cosa debía cuidarla de ella misma.

Ahora ella está en el edificio en cuyos teclados en un rato tendrá que escribir algo de lo visto. Con qué palabras, la cosa se vuelve inenarrable, piensa. Dentro del canal escucha los gritos de sus compañeros que intentan informarse, disparan a los ojos, disparan a los ojos, alcanza a escuchar cuando desde lo alto de esa terraza ve una estampida de hormigas enloquecidas que dejan blancos en el asfalto al dispersarse, como huyendo de una peste. Las ambulancias llegan, desde lo alto se ven de juguete, pequeñas, con sus sirenas y el ulular amortiguado. Primero una, luego dos, tres, llegan y se detienen donde pueden. El coche immaculado y el rectángulo lustroso todavía están ahí, resistiendo, en ese lateral del rectorado que es el estacionamiento, esperando para salir hacia el cementerio a descansar en paz, ataúd blindado por hormigas.

Fernando termina la descarga del material detrás del vidrio doble, acustizado y polarizado. Se asoma a la puerta de la terraza donde ella sigue

mirando como ausente, magnetizada por el abajo donde la avenida es un agujero negro que parece atraerla. Él se acerca y se queda junto a ella, la sostiene.

Hay manchas oscuras en la avenida, es sangre, piensa ella. Hay hormigas inmóviles a pesar del avance desmadrado, no pueden moverse, piensa él. Algunas logran alejarse, rápida oblicuamente hacia Plaza Italia, pero no la mayoría. Llegan camiones hidrantes, dos. Y lanzan agua para terminar con aquello, mucha. Pero entonces, cuando las partículas que caen como una cortina de lluvia comienzan a desintegrar la luz y a formar un arco iris que visto desde arriba podría ser poético, las hormigas alzan los bracitos y las cucarachas se detienen. Unas y otras giran hacia el estacionamiento, abren paso.

Lo que avanza es increíble. La infantería, gendarmería, policías de varios colores, todas las fuerzas en operativo conjunto disparan al unísono, una orquesta del horror. Ella se tapa los oídos y se deja abrazar, su piel se eriza de todos modos, él lo percibe, los estruendos vibran la boca de sus estómagos. Abajo disparan poseídos, están viendo al demonio. No avanzan, disparan, retroceden, disparan. Ya no son cucarachas. Lucen como una masa alocada y amorfa. Los proyectiles se detienen en el aire como en pausa, caen, muertos, sin atravesar nada. Se desploman sin herir ni matar, es como si ellos mismos murieran, como si no sirvieran para lo que fueron creados. Qué extraña energía detuvo la represión en la avenida, piensa ella, piensa él.

Luego ella solo mira sin poder pensar. El cajón está abierto, el rectángulo perdió su forma. Algo flota sobre las cucarachas, sobre las hormigas, avanza sobrevolándolos a todos. Los insectos miran al cielo, giran en sincronía, la siguen en su vuelo. Algunos comienzan a caer a medida que pasa, como bajo el influjo de

un pastor en plena sugestión, ¿desmayados? ¿muertos? Caen, algunos, no todos. Las hormigas no, pero miran como hechizadas. Ella escucha a Fernando susurrarle al oído palabras que si estuviesen en una ficción serían obvias ¿y si resucitó? ¿si resucitó?

Flota sobre cabezas y comienza a elevarse. Ella puede verla en detalle, lleva el pelo corto y blanco como la bata que la viste, y esgrime un bastón. Ella ve que la mira, a través de sus anteojos de sol oscurísimos, de costado la mira.

Abajo, el inframundo es como un escenario de guerra, algunos quietos, otros caídos, los que reprimían inmóviles tapizando el asfalto. Ya no quedan camiones hidrantes, ni patrulleros, ni ambulancias.

La bata blanca de Chicha flamea como una bandera, un fantasma bueno, una mariposa albina, un pájaro en pleno día, un hada. Abre sus alas entre los gases lacrimógenos. De a poco se vuelve nítida, se abre paso entre los cables de luz, entre las ramas desnudas, asciende, llega.

Un aroma cítrico avanza con el viento, arremolina su bata, se acerca a la terraza, se quita los anteojos. Le sonrío y ella la nombra.

Verona Demaestri

